

Imagen y símbolo en el arte rupestre esquemático

RAMÓN GRANDE DEL BRÍO y JAVIER GONZÁLEZ-TABLAS SASTRE

Uno de los apartados más difíciles a la hora de plantearse el estudio del arte rupestre esquemático, es el referido a la interpretación. Esta dificultad arranca del desconocimiento de las gentes autoras del mismo, de su técnica peculiar, y de la utilización sistemática del esquema en sus representaciones.

Sin embargo, el arte rupestre esquemático no es un todo uniforme, sino que nos ofrece una enorme cantidad de variables difíciles de conjugar en un mismo cuadro.

Desde nuestro conocimiento del arte pictórico en general y del rupestre esquemático en particular, pretendemos establecer una nueva línea metodológica en la tarea interpretativa de este arte.

El arte rupestre esquemático se puede dividir, a nuestro juicio, en tres grandes módulos: imagen, imagen-símbolo y símbolo.

La imagen es una representación plástica del mundo real que rodea al individuo; aquello que le es cotidiano y que forma parte del mundo material en el que se desenvuelve.

La imagen-símbolo supone la introducción del mundo anímico y espiritual en la representación, pero manteniendo como base el elemento cotidiano y real al que se incorpora un sentido distinto.

Por último, el símbolo es la representación del mundo anímico y espiritual desgajándolo de la realidad cotidiana. La representación en sí no refleja una vivencia de lo material ni tan siquiera de lo espiritual aplicado al mundo material que rodea al individuo; de ahí que estas representaciones adquieran formas indescifrables.

Estas son, en síntesis, las tres grandes categorías en que podemos encuadrar las representaciones del arte rupestre esquemático.

La categoría de imagen nos revela, cuando menos en parte, el mundo material, económico, am-

biental, fauna, etc., que rodea al individuo. Estas imágenes no están libres de una carga espiritual, pero su peso específico dentro de la representación no es suficiente como para incluirlas dentro de la segunda categoría.

A través de la imagen-símbolo podremos completar nuestro conocimiento del mundo material a la vez que podremos iniciar el estudio del mundo anímico y espiritual, religioso si se quiere, de los artistas que lo plasmaron. Lógicamente, el mundo espiritual comporta una mayor dificultad interpretativa, pues está siempre sujeto a la subjetividad de cada uno; sin embargo, creemos que se pueden establecer una serie de valores básicos a partir de los cuales podremos intentar una recomposición de este mundo espiritual.

Esta serie de valores los encontramos reflejados en múltiples publicaciones, por lo que no incidiremos en ellos; son lógicamente aquellos que se refieren al culto solar, a la fecundidad, a los muertos, etc.

El estudio del mundo espiritual se completa con la categoría de los símbolos. A nivel interpretativo, esta categoría es la que plantea mayores dificultades al no tener como soporte imágenes reales. Sin embargo, a través de lo visto en las imágenes-símbolo, podremos quizás empezar a valorar o comprender estos símbolos.

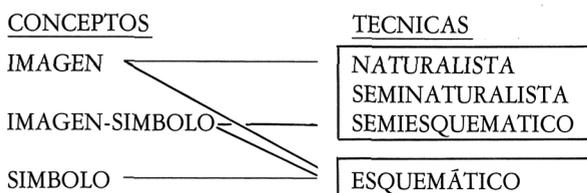
El porqué de esta división en tres categorías trataremos de explicarlo a continuación. Es bien sabido que todo individuo tiene dos realidades en sí mismo: aquella que le rodea y que le condiciona a través de los sentidos, y aquella otra que forma parte del acervo cultural y que se encuentra en el interior del mismo.

Estos dos mundos son absolutamente reales para el individuo.

A la plasmación pictórica del mundo exterior siempre se incorpora en mayor o menor grado parte de la realidad interna del individuo, dado que, si bien es posible aislarse del exterior, el mundo interior siempre está presente y aflora aunque sea de una manera inconsciente.

Esta capacidad de aislar el mundo exterior es la que posibilita la aparición del símbolo, pues el individuo no necesita de ese mundo exterior para reflejar su mundo interno.

Cuando el mundo anímico o espiritual aflora con toda su intensidad no encuentra otra técnica de representación válida que no sea el puro esquema, pero no un esquema de la realidad exterior sino un esquema de la idea, que necesita un soporte para su expresión plástica.



No debemos confundir nunca esquema con símbolo, ya que el esquema es una técnica de representación, mientras que el símbolo no necesita de la técnica nada más que para su representación plástica.

De este modo, una imagen puede ser plasmada mediante un esquema puro o, por el contrario, reflejando hasta sus más mínimos detalles. Lo mismo ocurre con el símbolo, que puede ser representado teniendo como soporte la imagen o bien aislándolo por completo.

El aparente simplismo de las diversas manifestaciones del arte rupestre esquemático puede obedecer más bien a un deseo, por parte del artista, de plasmar tanto una realidad formal como una realidad conceptual. Tanto es así que es posible el llegar a descubrir en algunas composiciones la existencia del símbolo más que de la «imagen-retrato» de un objeto, de un animal o de un fenómeno al que se busca algún tipo de materialización.

La búsqueda del significado de cada motivo o conjunto de motivos, de cada escena, de cada composición, en que se halla empeñado el investigador, se orienta hacia la determinación de una serie de

correspondencias a establecer entre el objeto representado y el simbolismo que atiende el mismo. Tarea ardua en la que no siempre se ha seguido un criterio de objetivación, por lo que en muchos casos, se ha pensado que el subjetivismo, como nutridor de opiniones y de teorías, debía ser la única forma de interpretación admisible. Se teme el enunciar con acierto algo que escapa a la comprensión de un fenómeno como lo es el de la pintura rupestre y la ignorancia o desconocimiento de las constantes y de los planteamientos que lo hicieron posible quizá haga incurrir en error en el orden interpretativo.

Naturalmente, hay que salvar conceptos de espacio y de tiempo. No es prudente el abordar el problema de la identificación de los motivos y el de la subsiguiente interpretación de los mismos como si nuestros esquemas mentales estuviesen contruidos de modo análogo al de aquellos hombres que nos legaron tal tipo de representaciones rupestres. Pero creemos exagerada la idea de que la mentalidad del hombre haya cambiado substancialmente a lo largo de la historia. Se dan ciertos planteamientos y ciertas reacciones similares en todas las partes del globo y en todos los tiempos. Otra cosa es que el mundo particular de cada individuo pueda ser «homologable» y extrapolable.

Lo que decimos es que la base de nuestras reacciones es la misma, bien que no lo sea la forma, el *modus* de expresión. Pero en todo caso cabe hablar de afinidad de mecanismos de comportamiento. La abstracción se conforma bajo los mismos supuestos, lo que varía es el elemento o conjunto de elementos elegidos para proyectar formalmente las ideas.

En la pintura rupestre, tal vez la visión de conjunto aporte más a su estudio que el aislamiento de sus componentes, sean considerados como motivos individuados o como grupos dotados de una particular entidad. Ello nos mueve a proponer, metodológicamente hablando, la tipificación de varios módulos de interpretación teniendo en cuenta que lo que menos interesa al caso es el análisis puramente *artístico* de los diversos elementos pictóricos; interesa mucho más, en el presente contexto, la categorización conceptual, el deslindamiento de los distintos planos simbólicos, si es que esto es posible.